



ISSN 1692-0945

Revista electrónica de Psicología Social
FUNLAM

CRIANZA, COGNICIÓN Y PSICOPATOLOGÍA EN LA INFANCIA

Ps. Gabriel Jaime Ramírez Tobón

Docente Investigador FUNLAM
Coordinador área Profesional

El desarrollo de los seres humanos es un proceso que se inicia desde la gestación. A partir de las primeras divisiones celulares, con la base genética que aporta toda una historia, y complementado ello con el aporte nutricional y de cuidado que dispensa la futura madre en las básicas etapas de consolidación del nuevo ser, se establece una dinámica de construcción humana particular, que da cuenta del milagro de la vida.

El componente bioquímico inicial establece el punto de partida para la construcción humana. No obstante, será la relación que este ser logre establecer con su entorno, lo que dará un soporte fundamental para la consolidación de una estructura de personalidad, que le permita enfrentar las demandas del medio, a la vez que asimilar los diversos aprendizajes. Más allá de lo puramente biológico, se establece el marco de las relaciones que estructuran la vida del ser. De forma sucinta, esta es una manera de mostrar la interacción biología - ambiente como la base para la conformación de un ser humano íntegro; más, no es un entorno sólo material, sino lo que en él se organiza en la dimensión de comunicación propiamente dicha.

De esta manera, en esta construcción se pueden dar infinidad de relaciones que aportarán a la aparición de comportamientos más o menos

adaptativos (o cualitativamente desadaptativos), que han de consolidarse como las herramientas que el sujeto tiene para desarrollarse en forma efectiva a lo largo de la vida.

En este sentido, el desarrollo de los seres humanos puede describirse como una relación funcional entre las características personales del niño o la niña, el ambiente en el cual crece y construye relaciones, junto con las oportunidades de desarrollo y educación que se les brindan. En esta dimensión de aprendizaje constante como base para el abordaje de la realidad futura, los padres adquieren de forma implícita la responsabilidad de propiciar las condiciones para el *desarrollo óptimo* de sus hijos.

Este compromiso implica que los padres puedan reconocer como tarea principal de formación en la familia, ayudarle a los hijos en el proceso de ganar control sobre los eventos normales de la vida, ya sean de carácter positivo -aprovechamiento de oportunidades de crecimiento-, o condiciones estresantes o con una connotación de mayor tensión, como son afrontar errores, asumir responsabilidades, autocontrolar emociones de temor, rabia, angustia, entre otras; esto implica, a su vez, que los padres puedan enseñar a sus hijos e hijas a ajustarse a los duelos o pérdidas afectivas, así como a los demás eventos a los cuales la familia se encuentra expuesta diariamente, como resultado de vivir en un mundo cambiante, exigente e indudablemente imperfecto.

Con todo, la labor de crianza puede verse afectada por múltiples características (del infante mismo y de su realidad circundante), abriendo paso a la aparición de problemas o trastornos de comportamiento, incluso hasta consolidar problemáticas complejas con carácter psicopatológico. Quizá no se pueda aspirar a tener vidas perfectas, pero si por lo menos a disminuir los riesgos a los que los niños y niñas pueden verse expuestos.

Las preguntas que pueden surgir están podrían entonces organizarse en términos de ¿Cuáles pueden ser aquellos factores particulares de riesgo que llevan a tener algunos niños o niñas en condición de mayor vulnerabilidad al daño? ¿Qué elementos hacen su contribución para la aparición de algunos problemas emocionales o de comportamiento, que terminan por alterar la

calidad de vida de estos infantes?. Y en una visión más en prospectiva, ¿Qué factores estarán influyendo para que se mantengan los problemas a lo largo de la vida?. Infortunadamente, y gracias a la diversidad humana, no hay una respuesta única, pero hay explicaciones plausibles que permiten no sólo realizar acciones preventivas, sino tener cada vez mejores opciones de intervención.

Ello implica, en un intento simplificador, que el riesgo de presentar problemas emocionales o de comportamiento, depende de la acumulación e interacción de múltiples factores (genéticos, biológicos y ambientales -socio-culturales) que llevan a poner en evidencia los límites para las personas, en interacción con la necesidad de detectar e identificar de forma temprana las fortalezas y potencialidades que presenta el niño o la niña en sí mismo.

De manera concreta, pueden definirse las fortalezas como las características del niño o la niña, de los padres y el medio sociocultural en el que se desenvuelve, que facilitan un adecuado enfrentamiento a las condiciones adversas de la vida y que, de forma directa, propenden por la autorrealización del ser humano. Pero esas condiciones no son efectivas en sí mismas, sino que dependen del reconocimiento, almacenamiento y procesamiento que el mismo individuo va haciendo de éstas, y es allí donde los procesos cognitivos tienen una función fundamental, puesto que la interpretación de la realidad ha de consolidar un factor preponderante en la consolidación de estas condiciones como fortalezas. Más allá de la realidad compartida, se encuentra la construcción de realidad de la persona.

En este orden de ideas, un niño de temperamento tranquilo, un padre que asume la labor de crianza y la responsabilidad de formarse para ejercer de manera efectiva su responsabilidad frente a la paternidad, junto a un conjunto de oportunidades económicas y sociales positivas, son ejemplos de fortalezas del individuo, pero que se potencializan en la medida en que sea el individuo mismo el que reconozca dichas condiciones.

Las condiciones opuestas a la descripción anterior pueden consolidarse como factores de riesgo, y para contrarrestar sus efectos, se requiere no sólo de una práctica de crianza orientada a generar factores protectivos que

minimicen el impacto de las características negativas del individuo o de su entorno, sino un trabajo sobre la propia percepción que el individuo va haciendo del mundo. Una falla en estos aspectos de crianza, pueden generar una percepción de vulnerabilidad al daño, de incapacidad o “inamabilidad”, que repercute negativamente en el desarrollo de estrategias de afrontamiento de las problemáticas que encierra el día a día.

Un punto que se convierte en un llamado de atención importante, esta asociado con la aparición cada vez más frecuente de problemas emocionales y de comportamiento en la infancia y la adolescencia, que se evidencia en la literatura científica, pero que se encuentra en la cotidianidad de la realidad del entorno inmediato.

La violencia intrafamiliar, que en relación a los menores reporta en los últimos años un índice de casos que sobrepasa los cincuenta mil por año, y en los cuales esta vinculado alguno de los progenitores, junto con las situaciones de abandono, abuso sexual, deserción escolar, entre otras, consolidan una realidad a la que hay que dar respuestas efectivas, porque ello es lo que se siembra para un futuro.

Estas experiencias que tienen los niños y niñas, van conformando una realidad particular, dado que estas situaciones son almacenadas en la mente infantil, procesadas en forma de aprendizajes a largo plazo, y con ello se van estableciendo esquemas de pensamiento que serán los que regulen la conducta de los adolescentes y adultos del mañana.

La crianza, en este sentido, entendida como la responsabilidad que tienen los padres para enseñar a sus hijos a ser, conocer, hacer y vivir con otras personas (Acuerdo de la UNESCO, citado por Gaviria, 1995), cuenta con la disciplina y el afecto como herramientas de enseñanza. Este compromiso se cumple, sólo en tanto se pueda enseñar a los hijos a visualizar y experimentar la realidad como algo que aporta a la propia autovaloración. Por ello, en esta construcción vital, el vínculo afectivo-comunicacional con los padres se convierte en un elemento básico para la construcción de un adecuado concepto de sí mismo.

En esta misma dirección, el desarrollo de un individuo sano estará ligado a que sus procesos de crianza reúnan tres elementos fundamentales: unos padres capaces de brindar atención al comportamiento de sus hijos e hijas, un trabajo para brindar la aprobación verbal y no verbal de todos aquellos comportamientos que los padres desean que sus hijos desarrollen, y un tercer elemento, que hace referencia a la responsabilidad de los padres de cubrir las necesidades básicas de sus hijos. Sin embargo, nada es garantía de éxito.

Lo implícito y concreto, es que el ser humano como criatura pensante, genera una interpretación de la realidad, pero dicha construcción esta afianzada en las condiciones estructurales de su Sistema Nervioso: la mente no puede pensarse en abstracto ni como pura biología, sino más bien como un emergente de la condición neurobiológica de la especie. Dicho en otras palabras, la mente no es cerebro, pero no puede pensarse independiente de éste.

Retomando algunos autores (Baron-Cohen, 1995, Baddeley, 1996), esta doble dimensión, lo neuropsicológico y lo cognitivo, permite pensar la clínica infantil desde una dimensión más integral; posibilita pensar en la intervención comportamental-cognitiva desde una construcción más científica, más reflexiva, y menos limitada exclusivamente a la intervención como una aproximación puramente técnica. Y, en esta dirección, la psicología cognitiva ha hecho un aporte fundamental a la comprensión de los trastornos de la mente y el comportamiento (área de la psicopatología, o de intervención clínica), puesto que ha dejado en evidencia el aporte a una mejor adaptación de los niños y niñas a su entorno, a partir de la comprensión de las relaciones funcionales de la conducta con el ambiente, pero sin dejar de reconocer la influencia de la cognición sobre la emoción, y de la biología sobre aquello que comúnmente se ha denominado como “lo psicológico”. Mente, conducta, cognición, biología y afecto, en una dinámica multideterminada.

Resulta indudable que el desarrollo del conocimiento en el área de la neuropsicología, lo mismo que la investigación continua de las intervenciones desde los modelos cognitivo-comportamentales, han dejado un camino demarcado para buscar nuevas opciones de aproximación a la psicopatología.

Pero, también ello ha dejado claro que los niños y niñas no viven en una realidad aislada, sino que consolidan el producto de la interacción con un medio particular (Gaviria, 2004, Bentall, 1992).

Los índices de prevalencia de trastornos en la infancia abren las alarmas frente a una realidad que se hace preciso intervenir, para posibilitar el pensar en una realidad más optimista en el mañana cercano (notas XII Congreso Colombiano de Psicología, Medellín, 2006).

Por estas razones, y otras que no se alcanzan a dimensionar, el estudio de las alteraciones de comportamiento y trastornos emocionales en la infancia, se convierten en un gran desafío para los profesionales de la psicología, puesto que muchas de estas alteraciones van a persistir durante la vida, o van a consolidar la base para alteraciones mucho más complejas, que no sólo van a repercutir en la condición del individuo mismo, sino en la de sus descendientes. Para la comunidad en general es claro que, por ejemplo, niños maltratados son candidatos ideales a padres maltratadores, puesto que la construcción de realidad que hacen de su experiencia, es la base para el futuro desempeño; pero adicional a ello, las alteraciones neuropsicológicas sutiles asociadas a problemas de atención, memoria, o impulsividad, hacen parte de cuadros que muchas veces permanecen “en el anonimato”, y que consolidan la base de otro tipo de alteraciones.

En esta dimensión de integración de conceptos, lograr pensar al niño en una perspectiva biopsicosocial, es también abrir el espacio para hablar de una neuropsicología cognitiva, como un punto de encuentro de la neuropsicología, la neurología, la psiquiatría, la psicología y los estudios sociales (David, 1993; Baddeley, 1996).

Reconocer los factores asociados con la crianza (principalmente lo que se refiere a la vida familiar), como un elemento importante al momento de hablar de psicopatología infantil, abre un espacio para pensar en la intervención como un asunto multimodal, como un proceso en el cual los involucrados no son un niño o una niña y su psicólogo-terapeuta. Es una condición donde se requiere la “triangulación” en la cual interviene la familia,

en niño o la niña que presenta el problema, y el terapeuta, para establecer no sólo las metas de trabajo, sino el camino que se hace necesario recorrer.

Por último, y a manera de cierre, es importante destacar que este planteamiento lo que pretende es mostrar la importancia de ver al niño o la niña en su dimensión relacional, que es en última instancia donde se construye lo cognitivo. Y, desde esta perspectiva, no se puede hacer una diferenciación radical entre lo que es normal o anormal, puesto que en los terrenos del pensamiento, la línea divisoria quizá sea simplemente una falacia. Se trata de mostrar puntos de intersección, de confluencia o divergencia, que en la dinámica particular de cada individuo, forman el entramado que un terapeuta debe reconocer para plantear una estrategia de intervención.

El clínico que pretenda abordar la realidad de un niño o una niña, no sólo se enfrenta a una problemática en particular, sino a un complejo sistema de relaciones que va desde lo interno del sujeto, hasta la diversidad de sus relaciones inmediatas y mediatas. Por ello, se hace necesaria una visión sistémica, integradora, pero siempre en el terreno de lo científico, en donde el dato aporta una base fundamental para el trabajo de intervención clínica, y de prevención y promoción de comportamientos.

La realidad de la infancia es una promesa de incertidumbres, y el espacio propicio para asumir que sólo podemos saber aquello que nos atrevamos a buscar con ahínco y persistencia. Crianza, cognición e infancia, una triangulación que hace posible la pregunta por la existencia misma.

REFERENCIAS

- Baddeley, AD. Cognition, neurology, psychiatry: golden triangle or Bermudas triangle?. *Cognitive Neuropsychiatry*, 1996, 3:185-190.
- Baron-Cohen, S. *Mind blindness; An essay on autism and theory of mind*. Cambridge MA
1995

Bentall RP. Psychological deficits and biases in psychiatric disorders. Current Opinion in

Psychiatry, 1992b, 5: 825-830

Gaviria M., Patricia. Conferencia: Crianza y desarrollo emocional del niño. Fundación Integrar, Medellín. 2004.

Puerta, Isabel Cristina y Otros. Prevalencia del Déficit de Atención e Hiperactividad en la ciudad de Medellín. 2005. Universidad de San Buenaventura, Maestría en Psicología.

Puerta, Isabel Cristina y Otros. Pautas de crianza y aparición de Trastorno Disocial. 2005. Universidad de San Buenaventura, Maestría en Psicología

XII Congreso Colombiano de Psicología. Medellín, mayo de 2006. Ponencias varias.